

Me es imposible

- Doctor - Sonó la voz de mi secretaria por el citófono – El paciente Ubizarreta está acá.

- Si señorita – le respondí – dígame que siga.

La puerta café que separaba mi oficina del cubículo de mi secretaria chirrió y vi entrar a un hombre grande, alto y fornido. Estaba totalmente pálido y su cabello negro estaba despeinado mostraba indicios de canas. Le hice pasar pero nunca pensé que un paciente me fuera dar a mí, un psicólogo renombrado, tantos problemas y preocupaciones. Entró y sus labios trataron de articular un saludo, pero su nerviosismo y estrés hicieron que las palabras no fueran más que pensamientos. Se quitó la chaqueta gris que llevaba y se acostó en el diván de mi oficina. Mientras tanto yo abría mi gaveta y sacaba una carpeta que sería la historia del misterioso señor Ubizarreta. Me senté luego en la silla al lado del diván donde temblaba mi paciente y empezamos la sesión.

- ¿Me podría decir su nombre completo señor? – Pregunté.
- De su boca salió una voz tenue y asustada que dijo: - No sé doctor, realmente yo no sé quién soy - . En ese momento entendí que iba para largo pero nunca pensé que tanto.
- Entiendo, sufre de doble personalidad. Tranquilícese, hoy en día hay mu...
- No doctor – Me interrumpió – usted se equivoca. Yo no sufro de doble personalidad. Yo tengo un problema más grande, mucho más grande. Pero antes de contárselo – añadió tartamudamente – necesito que usted me jure que no va a decirle a nadie mi problema.
- No entiendo señor – Le respondí
- ¡Sólo Júrelo!... si es que es capaz de ayudarme.

Yo, al ser un psicólogo importante y reconocido entendí que mi paciente estaba mal y realmente necesitaba ayuda, y si yo no se la daba ¿quién lo haría?

- ¡Júrelo doctor! por favor – Su petición interrumpió mi pensamiento.
- Si. Lo juro. Juro que no le diré a nadie lo que usted me cuente – Le aseguré.
- Confío en usted doctor. Si alguien se entera correría peligro de muerte.

Me acomodé en mi silla y tomé un sorbo de agua. Estaba fría como mis manos y húmeda como el sudor de mi paciente. Tragué saliva y respiré profundamente.

- Confíe en mi señor, para eso estoy – Hubo un silencio de unos 10 segundos pero pasaron como si fueran minutos. - ¿En qué me metí? – pensé.

Ubizarreta se paró del diván, fue a la ventana y la cerró y por encima cerró las persianas. Luego, muy lentamente fue hacia la puerta, la abrió y miró quien estaba afuera en la salita de espera. Sólo una anciana. Volvió a cerrar la puerta y fue al diván. Se acostó mirando al techo. Yo no me había movido, estaba inmóvil y pálido.

- Doctor, - tragó saliva – yo soy una persona vil. Yo hago cosas que no se deberían hacer. La gente me odia y me ama. Yo soy dos personas. Doctor – prosiguió – yo soy dos personas: Álvaro Ubizarreta y Frank.
- Explíquese por favor. No entiendo – Le dije.
- Volvió a tragar saliva y abrió sus labios, de su boca salieron cuatro palabras. – Yo soy un sicario – Silencio, un silencio oscuro y frío. – Yo soy Frank dentro de la organización de sicarios en la que estoy. Pero fuera de esta soy un ciudadano más, trabajo como banquero y me llamo Álvaro Ubizarreta

No tenía palabras para responderle y mucho menos pensamientos. Estaba en blanco.

- Doctor, yo fui el que asesinó al ex candidato para alcalde Zuleta – añadió – Yo fui el que le incrustó una bala en el cráneo a Sergio Torres, el periodista que murió hace 4 meses. A mi me tocaba matar al presidente gringo George Bush hace 2 cuando vino, pero la seguridad era extrema y no pude lograr el objetivo.

Yo seguía sin palabras

- Doctor, pero lo que hizo que venga a consultarlo a usted es que hace dos semanas tengo una nueva misión pero no la puedo realizar. Me es imposible.
- ¿Podría saber cual es esa misión, señor? – Le dije asustado mientras pensaba “me va a matar a mi, me va a matar a mi”
- El jefe me dijo hace dos semanas que lo llamaron y le pidieron que maten a alguien – dijo él. – Me llamó y me dijo: “Frank te tengo una misión, debes matar a alguien. Tienes un mes” Yo confiado le dije que aceptaba la misión y le pregunté quién era la víctima. Ese fue el problema. ¿Sabe a quién tengo que matar, doctor? ¿sabe a quién?
- No señor, no sé. – Estaba que me desmayaba ¡Me iba a matar a mi! – Dígame a quién. – Cerré los ojos cuando él iba a hablar...
- Doctor, tengo que matar al banquero Álvaro Ubizarreta. ¡Frank tiene que matar a Álvaro Ubizarreta!